

Su mejor milagro

José Rodríguez Elizondo, escritor chileno, profesor de Relaciones Internacionales (LA VANGUARDIA, 18/04/05)

Entre la carrera por la canonización y el balance global de su pontificado, el tema más complicado de Juan Pablo II es el doméstico o eclesiológico. En lo político-internacional el clima es diferente, pues su lucha por la paz, la libertad y los derechos humanos -desde su resistencia contra el nazismo y el estalinismo- lo convirtieron en un líder respetado, literalmente, por moros y cristianos. Recibió en vida el homenaje de Mijail Gorbachov, último líder del imperio soviético derrumbado y en su velatorio oraron, juntos, George W. Bush y Bill Clinton.

Su carisma genuino, que muchos líderes envidiaron, tenía un componente místico inescrutable. Lo ayudó a demostrar, en la huella de su Maestro, que los métodos no violentos y el sacrificio propio siguen siendo recursos heroicos de salvación. Baste señalar que si hubiera alzado un mínimo dedo acusador contra los autores intelectuales del atentado contra su vida, la guerra fría no habría terminado como terminó. De paso, tan consciente estaba de esto, que dejó una críptica señal en su testamento. Pero no sólo actuó desde el testimonio resistente de su fe. También impulsó, de manera proactiva, el diálogo de los tres grandes monoteísmos, que visualizaba como a solución pacífica para los conflictos entre "los hijos de Abraham". Su éxito fue parcial, pues sólo los judíos asumieron el desafío. Sin embargo, su culminación fue tan espectacular que, cuando llegue el tiempo, facilitará el diálogo pendiente con los musulmanes.

Como testigo in situ de ese éxito enterrado por los medios, recuerdo lo nerviosos que estaban los israelíes esperando su llegada. En Mea Sharim, barrio jerosolimitano de los fundamentalistas judíos, se proclamaba que concurrir a encuentros con "el ídólatra diabólico" sería profanar el santo nombre del innombrable.

El profesor Yonah Alexander, especialista en terrorismo, decía que seguidores de un tal Osama Bin Laden estaban bajo arresto, en Israel y en los territorios palestinos, tras haberse detectado en Gaza un cargamento con explosivos. Shlomo Ben Ami, entonces ministro de Seguridad Interior (luego sería canciller), me manifestó, con sonrisa de intelectual laico, que no habría problemas con la visita "si el Papa sólo se atiene a lo religioso". Pero, como cualquier israelí culto, él sabía que el Papa peregrino borraba los límites entre lo político y lo confesional.

El más sereno era mi sabio amigo Samuel Hadas, primer embajador del Estado judío de Israel ante el Estado católico del Vaticano. Profundo conocedor de ambas religiones, creía que el Papa estaba levantando, gradualmente, un nuevo edificio teológico en relación con el judaísmo. Como se vería después, Juan Pablo había preparado prolijamente su viaje a Israel. En 1986 había proclamado, desde la sinagoga de Roma, que en cierta forma los judíos eran "nuestros hermanos mayores". Gracias a ese empeño pudo proyectar, desde su llegada, un notable equilibrio entre su decadencia física, ya notoria, y la fuerza de su mensaje.

A diferencia de Pablo VI, no vaciló en visitar a las autoridades israelíes en sus sedes de Jerusalén, aunque se interpretara como reconocimiento de soberanía sobre la ciudad. Además, como cualquier judío, fue a orar ante el muro de las Lamentaciones, depositando el texto de su oración entre las grietas de las viejas piedras. A mayor abundamiento, esa oración era una petición de perdón por los

sufrimientos del pueblo judío.

Para los anfitriones, el momento culminante fue su visita al monumento en Recuerdo de las Víctimas del Holocausto. Era el encuentro entre un pueblo bíblico, reunido ante las cenizas virtuales de sus víctimas y el representante de los supuestos inductores ancestrales del genocidio nazi. En ese contexto sobrecogedor, Barak dijo que, como judío, no podía evitar el recuerdo terrible, pues "sin memoria no puede haber cultura ni conciencia". El Papa, en su réplica, mencionó el holocausto por su nombre hebreo *-shoa-*, negó a sus denegadores y culminó con una especie de lamento desgarrado por las víctimas. Su voz sonó tácitamente crítica del silencio de Pío XII: "¡Cómo pudimos no escuchar su llanto!". La mañana del día siguiente, el Papa cosechó el fruto buscado. El 24 de marzo, al filo de dos milenios, oficiaba una misa desde el escenario israelí de sus sueños. De espaldas al monte de las Bienaventuranzas, frente al mar de Galilea y rodeado por 200 mil almas -en su mayoría, jóvenes de distintos países- que cantaban y agitaban sus banderas. Entre éstas, la de la Autoridad Nacional Palestina.

Semanas después, con cierta melancolía, Ben Ami se adelantó a canonizarlo. "Ese hombre es un santo, si se queda una semana más nos convertimos todos", me dijo. Hadas, desconfiando de la profundidad de la información y con sentido de la historia, comentó que pasaría mucho tiempo para que se asimilara "la enormidad del acontecimiento". Shimon Peres, con su estilo de profeta bíblico, fue sentencioso: "Los judíos tratamos injustamente a Jesús; los cristianos nos trataron injustamente durante dos mil años. Tras la visita del Papa, esa historia terminó".

Ahora, cuando los recopiladores de milagros comienzan a trabajar, yo sugeriría que desenterraran éste, que cerró el periplo iniciado por Juan XXIII. Posiblemente sea un hito religioso del futuro, como las cruzadas, la reforma y la contrarreforma.

Además, permitió demostrar que si los políticos ordinarios actúan para las siguientes elecciones y los estadistas para las siguientes generaciones, Juan Pablo II trabajaba para el tercer milenio o -maximalistamente hablando- para toda la eternidad.